

«[Nabucodonosor] hizo una estatua de oro, cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia» (Daniel 3:1).

Esta imagen fue colocada en una posición conspicua, y se emitió una proclamación para que todos la adoraran. Así, la gran lección que Dios había dado a los gentiles a través de la visión de la gran imagen, fue malinterpretada y mal aplicada.

- Aquello que fue diseñado por Dios para dar al mundo rayos de luz claros y distintos, Nabucodonosor lo desvió de su propósito, haciéndolo servir a su orgullo y vanidad.
- La ilustración profética de la gloria de Dios fue hecha para servir a la glorificación de la humanidad.
- El símbolo diseñado para revelar eventos importantes fue usado como un símbolo que obstaculizaría la difusión del conocimiento que Dios deseaba que los reinos del mundo recibieran.

Por la magnificencia y belleza de su imagen, el rey buscó hacer que el error pareciera más atractivo, más poderoso, que las verdades que Dios había revelado.

Aquellos que están dispuestos a ser enseñados, pueden aprender una lección de la conducta del rey de Babilonia. Así como Satanás buscó hacer que la luz dada por Dios sirviera a sus propios propósitos, llevando al rey a trabajar para su propia gloria en lugar de la gloria de Dios, así el enemigo trabaja hoy para pervertir la verdad con el fin de obstaculizar los propósitos de Dios.

La verdad sin mezcla de error, es un poder poderoso para salvar; pero si permitimos que el enemigo trabaje a través de nosotros; si, por medio de la luz que se nos ha dado, buscamos exaltar el yo, incluso la verdad, pervertida, puede convertirse en un poder para el mal.

17. El Horno Ardiente

La imagen de oro erigida en la llanura de Dura, una imagen de noventa pies de altura y nueve de ancho, presentaba una apariencia imponente y majestuosa.

Nabucodonosor emitió una proclamación, convocando a todos los oficiales del reino a congregarse para la dedicación de esta imagen y, al son de los instrumentos musicales, a postrarse y adorarla. Si alguno no lo hacía, sería inmediatamente arrojado en medio de un horno de fuego ardiente.

El día señalado llegó, y al son de la música la vasta compañía que se había reunido por orden del rey,

«...se postraron y adoraron la imagen de oro.» (Daniel 3:7)

«En aquel tiempo se acercaron ciertos caldeos,...» (Daniel 3:8)

«...y dijeron al rey Nabucodonosor: ¡Oh rey, vive para siempre!» (Daniel 3:9)

«Hay ciertos judíos a quienes has puesto sobre los asuntos de la provincia de Babilonia, Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos hombres, oh rey, no te han respetado: no sirven a tus dioses ni adoran la imagen de oro que has levantado.» (Daniel 3:12)

Lleno de ira, el rey mandó que le trajeran a los hombres. Preguntó:

«...¿Es verdad, no servís a mis dioses ni adoráis la imagen de oro que he levantado?»
(Daniel 3:14)

Señalando el horno enfurecido, les recordó el castigo que recibirían si se negaban a obedecer su voluntad. El rey decidió darles una segunda oportunidad. Dijo:

«Si estáis listos, al tiempo que oigáis el sonido de la corneta, la flauta, el arpa, el sambuca, el salterio y la dulzaina, y toda clase de música, os postráis y adoráis la imagen que he hecho; bien; pero si no la adoráis, en la misma hora seréis arrojados en medio de un horno de fuego ardiente;...» (Daniel 3:15)

Entonces, con la mano extendida hacia arriba en desafío, preguntó:

«...¿Y quién es aquel Dios que os libraré de mis manos?» (Daniel 3:15)

En vano fueron las amenazas del rey. No pudo apartar a estos nobles hombres de su lealtad al gran Gobernante de las naciones. De la historia de sus padres, habían aprendido que la desobediencia a Dios resulta en deshonra, desastre y muerte; que el temor del Señor no es solo el principio de la sabiduría, sino el fundamento de toda verdadera prosperidad. Sabían que le debían a Dios cada

facultad que poseían; y aunque sus corazones estaban llenos de generosa simpatía hacia todos los hombres, tenían una elevada aspiración de demostrarse leales a Dios.

Cuando el rey estaba preocupado por su sueño, estos hombres, junto con Daniel, habían ayunado y orado para que pudieran entender el sueño. El Señor había escuchado sus clamores, y le había dado a Daniel sabiduría para interpretar el sueño al rey. Así, sus propias vidas y las vidas de los astrólogos y adivinos habían sido salvadas.

Ahora bien, los mismos hombres que habían escapado de la muerte por la misericordia de Dios hacia Sus siervos, habían sido los principales impulsores para asegurar el decreto respecto a la adoración de la imagen de oro. Pero los tres hebreos no mencionaron estas cosas; sabían que una controversia con el rey solo aumentaría su furia.

De pie ante el monarca enfurecido, con la imagen a la vista y el sonido de la música cautivadora en sus oídos, estos jóvenes recordaron la promesa hecha al profeta Isaías más de cien años antes:

«No temas, porque yo te he redimido; te he llamado por tu nombre; mío eres tú.» (Isaías 43:1)

«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; cuando andes por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti.» (Isaías 43:2)

La respuesta de Sadrac, Mesac y Abed-nego fue respetuosa, pero decidida. Mirando con calma el horno ardiente y la multitud idólatra, dijeron:

«Oh Nabucodonosor, no necesitamos responderte sobre este asunto.» (Daniel 3:16)

«Si es así [si esta es tu decisión], nuestro Dios a quien servimos nos librá de tu mano, oh rey.» (Daniel 3:17)

Estos jóvenes hebreos tenían una fe inquebrantable en Dios, y estaban decididos a honrarle a cualquier costo. Su fe se fortaleció con la declaración de que Dios sería glorificado al librarlos, y con un tono triunfante de confianza en sus voces, añadieron:

«Y si no, sépase, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la imagen de oro que has levantado.» (Daniel 3:18)

El orgulloso monarca estaba rodeado por sus grandes hombres, los oficiales del gobierno y el ejército que había conquistado naciones; y todos se unieron para aplaudirle como poseedor de la sabiduría y el poder de los dioses. En medio de esta imponente exhibición se encontraban los tres jóvenes hebreos, persistiendo firmemente en su negativa a obedecer el decreto del rey. Habían sido obedientes a las leyes de Babilonia, en tanto que estas no entraran en conflicto con las exigencias de Dios; pero no se apartarían ni un ápice del deber que debían a su Creador.

La ira del rey no conoció límites. En el apogeo mismo de su poder y gloria, ser así desafiado por los representantes de una raza despreciada y cautiva fue un insulto que su orgulloso espíritu no podía soportar. Mandó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado. Y sin demora los exiliados hebreos fueron arrojados dentro. Tan furiosas eran las llamas, que los hombres que arrojaron a los hebreos murieron quemados.

De repente, el rostro del rey palideció de terror. Miró fijamente las llamas resplandecientes y, volviéndose a sus señores, en tono de alarma preguntó:

«¿No echamos a tres hombres atados en medio del fuego?...» (Daniel 3:24)

La respuesta fue:

«...Verdad, oh rey.» (Daniel 3:24)

Con la voz temblando de emoción, el monarca exclamó:

«¡He aquí, veo cuatro hombres sueltos, que se pasean en medio del fuego, y ningún daño hay en ellos; y el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios!» (Daniel 3:25)

Cuando Cristo se manifiesta a los hijos de los hombres, un Poder invisible habla a sus almas. Se dan cuenta de que están en la presencia del Infinito. Ante Su majestad, reyes y nobles tiemblan y reconocen al Dios viviente como superior a todo poder terrenal. Los cautivos hebreos le habían hablado a Nabucodonosor

de Cristo, el Redentor que había de venir, y por la descripción así dada, el rey reconoció la forma del cuarto en el horno ardiente como el Hijo de Dios.

Olvidada su propia grandeza y dignidad, Nabucodonosor descendió de su trono y se apresuró hacia el horno. Con remordimiento y vergüenza exclamó:

«...Siervos del Dios Altísimo, salid.» (Daniel 3:26)

Y obedecieron, mostrándose ilesos ante esa vasta multitud, ni siquiera el olor a fuego había quedado en sus vestiduras. Fieles a su deber, habían sido a prueba de las llamas. Solo sus cadenas habían sido quemadas.

«Entonces Nabucodonosor habló y dijo: Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en Él, y que cambiaron la palabra del rey y entregaron sus cuerpos, para no servir ni adorar a ningún dios, excepto a su propio Dios.» (Daniel 3:28)

Un cambio se produjo en la multitud. La gran imagen de oro, erigida con tanta ostentación, fue olvidada. Los hombres temieron y temblaron ante el Dios viviente. El rey publicó un decreto de que cualquiera que hablara contra el Dios de los hebreos sería condenado a muerte,

«...porque no hay dios que pueda librar de esta manera.» (Daniel 3:29)

El verdadero principio cristiano no se detiene a sopesar las consecuencias. No pregunta:

«¿Qué pensará la gente de mí si hago esto?»

—o:

«¿Cómo afectará esto mis perspectivas mundanas si hago aquello?»

Con un solo propósito, los hijos de Dios desean saber qué quiere Él que hagan, para que sus obras le glorifiquen. El Señor ha hecho amplia provisión para que los corazones y las vidas de Sus seguidores sean controlados por la gracia divina, para que sean como luces ardientes y resplandecientes en el mundo.

Estos fieles hebreos poseían gran habilidad natural; habían disfrutado de la más alta cultura intelectual y ahora ocupaban posiciones de honor; pero no

olvidaron a Dios. Sus facultades fueron entregadas a la influencia santificadora de Su gracia. Por su íntegra firmeza, manifestaron las alabanzas de Aquel que los había llamado de las tinieblas a Su luz admirable.

En su maravillosa liberación se desplegaron, ante esa vasta asamblea, el poder y la majestad de Dios. Jesús estuvo a su lado en el horno ardiente, y la gloria de Su presencia convenció al orgulloso rey de Babilonia de que no podía ser otro que el Hijo de Dios.

La luz del cielo había estado brillando desde Daniel y sus compañeros, hasta que todos sus asociados comprendieron la fe que ennoblecía sus vidas y embellecía sus caracteres. Mediante la liberación de Sus fieles siervos, el Señor declara que tomará Su lugar con los oprimidos y derrocará todos los poderes terrenales que pisotearían la autoridad del Dios del cielo.

¡Qué lección se da aquí a los pusilánimes, a los vacilantes, a los cobardes en la causa de Dios! ¡Qué ánimo para aquellos que no se apartarán del deber por amenazas o peligro! Estos caracteres fieles y firmes ejemplifican la santificación, sin tener pensamiento de reclamar el alto honor.

La cantidad de bien que pueden lograr cristianos comparativamente oscuros pero devotos, no puede estimarse hasta que los registros de vida sean revelados, cuando el juicio se siente y los libros sean abiertos. Cristo identifica Su interés con esta clase;

«No se avergüenza de llamarlos hermanos.» (Hebreos 2:11)

Debería haber cientos, donde ahora hay uno entre nosotros, tan estrechamente aliados a Dios, sus vidas tan estrechamente conformadas a Su voluntad, que serían luces brillantes y resplandecientes, santificados por completo, en cuerpo, alma y espíritu.

El conflicto aún continúa entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Aquellos que invocan el nombre de Cristo deben desechar la letargia que debilita sus esfuerzos y deben cumplir las trascendentales responsabilidades que recaen sobre ellos. Todos los que hacen esto pueden esperar que el poder de Dios se

revele en ellos. El Hijo de Dios, el Redentor del mundo, será representado en sus palabras y en sus obras, y el nombre de Dios será glorificado.